

4385

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡ESTA

Y NO MÁS!

PIEZA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAMON DE MARSAL.

MADRID. 6
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1881.

Adumento á la Adición al Catálogo de 1.º de Abril de 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.		ACTOS.	AUTORES.	Parte que correspon á la Galer
2	1	Á media noche—j. o. p.....	1 D. ^a Camila Calderon....	Todo
12	3	¡Á perro chico!—s. o. v.....	1 D. Tomás Luceño.....	»
		Cecilio.....	1 Julio Ruiz.....	»
4	»	Cuestiones de gabinete.....	1 Pédro Escamilla....	»
3	2	Cuestion de táctica—c. o. v..	1 F. Flores García....	»
2	3	El juicio de Salomon—c. o. p..	1 J. Moreno Castelló..	»
4	2	El nacimiento de Tirso—d. o. v.	1 F. Flores García....	»
4	2	El 1.º de Enero—c. o. v.....	1 F. Flores García....	»
4	2	Escuela de medicina—j. o. v..	1 José Estremera.....	»
2	2	Esta y no más—j. o. v.....	1 Ramon de Marsal....	»
4	2	Galeotito, <i>parodia</i> —o. v.....	1 F. Flores García....	»
3	3	La herencia del abuelo—c. o. v.	1 F. Flores García....	»
8	1	La más preciada riqueza—c. o. v.	1 F. Flores García....	»
5	2	Los verberones—j. o. p.....	1 Sres. Schez, Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	Los vidrios rotos —c. o. p.....	1 F. Flores García....	»
3	2	Receta contra los nervios—j. o. v	1 J. M. Castelló.....	»
2	3	Seguidillas—j. o. p.....	1 E. Sanchez Castilla..	»
		Se necesita un marido.....	1 Pascual de Alba....	»
		Vots son triunfos	1 Eduardo Aulés.....	»
8	4	De Cádiz al Puerto.—c. o. p..	2 F. Flores Garcia....	Mitad.
3	4	La madre de la criatura—c. o. v	2 F. Flores Garcia.,...	Todo.
3	3	Navegará todos vientos—c. o. v.	2 F. Flores García....	»
2	2	Tomasica—c. o. v.....	2 José Estremera.....	»
		La cadena rota.....	3 F. ^a Saez de Melgar..	»
3	4	Consuelo—c. o. v.....	3 Adelardo L. Ayala..	»
7	3	El alca de de Zalamea—c. r. v	3 Adelardo L. Ayata...	»
4	2	El nuevo D. Juan—c. o. v....	3 Adelardo L. Ayala...	»
6	3	El tanto por ciento—c. o. v...	3 Adelardo L. Ayala..	»
7	3	El tejado de vidrio—c. o. v...	3 Adelardo L. Ayala..	»
		Le Bebé.....	3 Najac et Hennequin..	»
		Trabajos de Zapa—c. o. v. . .	3 E. Sanchez Castilla..	Mitad.
		Un alma de hielo—d. o. v....	3 Valentin]Gomez.....	Todo.
		Los polvos de la madre Celestina.....	4 Tomás Breton.. . .	Música.

¡ESTA Y NO MAS!

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡Lagartijo y Frascuelo!

De mal en peor.

Zapatero... á tus zapatos.

En la boca del lobo.

Cambio de vía.

El primer indicio.

El Arco Iris.

¡Esta y no más!

¡ESTA Y NO MÁS!

PIEZA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAMON DE MARSAL.

Estrenada con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de LARA,
la noche del 13 do Octubre de 1881.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1881.

670955

PERSONAJES.

ACTORES.

LUISA	DOÑA BALBINA VALVERDE.
ELISA	MATILDE RODRIGUEZ.
DON PÍO	DON ANTONIO RIQUELME.
ENRIQUE	PEDRO RUIZ DE ARANA.

La accion se supone en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR

DON VICENTE DE MARSAL Y ZAMORANO.

El satisfactorio juicio que la prensa ha hecho de esta modesta produccion, y los infinitos aplausos que el público se ha dignado concederle en todas sus representaciones, me deciden á colocar tu querido nombre en su primera página para que él sea su mejor escudo.

Acepta con cariño su dedicatoria, no por lo que ella vale, sino como una débil muestra del entrañable afecto que te profesa tu hermano

RAMON.

ACTO ÚNICO.

La escena figura una sala elegantemente amueblada al gusto del día: una puerta al foro, dos á la izquierda del actor, otra á la derecha en segundo término, y en el primero un balcon con colgaduras y puertas-cristales con visillos, que se abrirán hácia la escena. Á la izquierda un velador con periódicos y varios álbuns, uno de ellos con retratos: á la derecha un confidente.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen ELISA y ENRIQUE.

ELISA. Trabajas en demasía,
no descansas, ni sosiegas,
y por cuidar tus enfermos
verás como al fin enfermas.
Necesitas más reposo.

ENR. No, mujer.

ELISA. Sí.

ENR. Tú exageras,
El cariño que me tienes
es quien tal temor engendra.

ELISA. No, Enrique.

ENR. Sí, Elisa.

- ELISA. Escucha,
y verás que no soy terca. •
De día casi no puedes
estar tranquilo en la mesa:
hay noches, como la última,
que te las pasas en vela;
conque si despues del cuadro
que he trazado á la ligera
niegas que esclavo estás siendo
por servir bien la clientela,
y haces de tí caso omiso,
que venga Dios y lo vea.
- ENR. El médico, Elisa mia,
es segunda providencia
de los séres desgraciados
á quien los males aquejan,
y no se debe á sí mismo
cuando reclaman su ciencia.
- ELISA. Tus hermosos sentimientos
son los que á tí te encadenan.
No irían otros de noche..
- ENR. (¡Pobrecita, si supiera!...)
No es todo virtud.
- ELISA. ¡Qué dices!
- ENR. Anhele obtener riquezas
para que tú las disfrutes
y vivas como una reina.
- ELISA. Si mi ambicion solamente
se reduce á que me quieras,
¿por qué ese afan?
- ENR. Porque quiero
pagar tu amor y terneza
trasformando nuestra casa
en un cuerno de Amaltea,
aunque sufra más trabajos
que Periandro y Auristela.
- ELISA. Lograrás que me disguste
si en ese empeño no cesas.
- ENR. Está bien.—Dáme un abrazo.
- ELISA. ¿Te vas?
- ENR. Hija mia, es fuerza.
¡Tengo un enfermol...

ESCENA III

ENRIQUE; ELISA, con un pañuelo, por la primera
puerta izquierda.

ELISA. ¿He tardado?

ENR. No, hija mia.

ELISA. Le he puesto *colonia*. (Dándole el pañuelo.)

ENR. Bien.

ELISA. No te olvides los cigarros
y los guantes como ayer.
Ponte bien esa corbata: (Arreglándose.)
espera un poco, eso es.

ENR. Tú siempre has de estar en todo.
(¡Soy un pillito!)

ELISA. Dices bien.

El aseo del marido
honra mucho á la mujer.
¿Tardarás hoy?

ENR. Como pueda
pronto de vuelta estaré.
Haré solo las visitas
más urgentes, y despues
voy á ver si aquí contigo
paso cinco horas ó seis.

ELISA. Dios lo quiera.

ENR. ¡Aunque son tantos
los enfermos que he de ver!...
La viuda del comandante,
la viuda de don Miguel,
la viuda del boticario,
la de la plaza del Rey...

ELISA. ¡Cuánta viuda!

ENR. Tú no sabes
la plaga que hay de viudéz.

ELISA. ¿Son jóvenes? (Con interés.)

ENR. ¡Vejestorios!
¡Ah! Tambien tengo que ver
á la esposa de don Pío,
aquel señor de Avilés...
que por cierto se ha mudado

- á la calle de la Fé;
ayer me dió su tarjeta.
- ELISA. ¡Pobre señor, qué bueno es!
- ENR. Á ese sí que Dios le haría
dejándole viudo un bien,
pues su esposa, aunque Ventura
se llama, es un Lucifer.
Adios.—Si viniera alguno...
- ELISA. Yo la nota tomaré.
Voy contigo hasta la puerta.
- ENR. No te molestes, mi bien.
- ELISA. Como quieras.
- ENR. (Abrazándola.) Te amo mucho.
(¡Vamos, merezco un cordell)
- ELISA. Que no te canses.
- ENR. Descuida.
- ELISA. Hasta luégo.
- ENR. Hasta despues.
(Lo dicho, en saliendo de este,
requiescat, no hay más belen.)
(Se va por el foro derecha.)

ESCENA IV.

ELISA.

¡Qué bueno es! Yo quisiera
tener más de un corazon
con el único deseo
de que aumentase mi amor.
Casi parece mentira
que se alce más de una voz,
diciendo que son los hombres
fiel trasunto de Astarót.
Vamos, los que así discurren
no tienen perdon de Dios.
Nos miman, nos agasajan,
nos rinden adoracion,
en nuestros ojos se miran
como en los mares el sol,
y aún hay qui en los juzga malos

con insistencia feroz.
Voy á agitar el pañuelo... (Abriendo el balcon.)
Se vuelve, mira al balcon;
(Saludando con el pañuelo.)
me saluda; anda, se para...
ya dobla la esquina. Adios.
¡Con qué anhelo se desvive,
tan sólo con la intencion
de que viva yo dichosa
como en la estufa la flor!
Si algun día, Dios no quiera,
llegára á ser infiel... ¡oh!
creo que me moriría.
¡Mas qué es lo que viendo estoy!
Es ella, no me equivoco;
sí, no hay duda, Luisa Mon,
la que en Loreto fué siempre
mi compañera mejor.
Voy á llamarla.—Luisa,
chist, Luisa... ¡Ya me vió!
La misma.—Sube.—Un momento.—
(Figurando que habla con otra persona.)
Tan sólo un minuto ó dos.—
No seas pesada, sube.—
Por fin... ¡Qué contenta estoy!
(Cerrando el balcon y dirigiéndose luégo al foro.)
Teresa, abra usted la puerta.
No esperaba esta emocion.
Ocho años se han pasado
desde que á Cádiz marchó.
¡Qué aprisa trascurre el tiempo!
¡Con qué gusto á verla voy!
Es el genio más alegre
que en la tierra puso Dios.

ESCENA V.

ELISA; LUISA, por el foro derecha.

ELISA. ¡Qué inesperado suceso!
LUISA. ¡Ven á mis brazos, Elisa! (Se abrazan.)
ELISA. ¡Cómo estás, querida Luisa?

LUISA. Bien.

ELISA. Dáme un beso.

LUISA. Otro beso. |

Chica, te encuentro preciosa,
no me canso de admirarte.

ELISA. Tú, sí que, sin adularte,
estás mucho más hermosa.

LUISA. Bendita casualidad (Hablando precipitadamente.)

que al enlazar nuestros brazos
viene á estrechar hoy los lazos
de nuestra infantil edad.

Es tanto el placer que siento,
aunque ni un recuerdo evoco,
que al verte... Mas habla un poco
mientras voy tomando aliento.

Quiero que tu pecho me abras.

¿Eres dichosa, sí ó no?

Dí, no seas como yo

que nunca encuentro palabras.

Envidio esas habladoras
que sobre cualquier asunto
encuentran materia al punto
para hablar dos ó tres horas.

¡Qué lenguas de Belcebú!

Si yo fuera así, de cierto

que hace tiempo hubiera muerto.

Conque vamos, habla tú.

ELISA. Siéntate, mujer.

LUISA. No insisto.

(Se sientan en el confidente.)

ELISA. ¿Tienes prisa?

LUISA. No, en verdad.

¿Pero qué casualidad
dispuso que me hayas visto?

ELISA. Á ese balcon me asomé,
miré á la calle, te ví.
me fijé, te conocí,
y al instante te llamé.

LUISA. ¿Te casaste?

ELISA. Sí, por Dios.

LUISA. ¿Una vez?

ELISA. ¡Jesús, qué dices!

- LUISA. Hija, no te escandalices;
yo me he casado ya dos.
- ELISA. ¡Dos nada ménos!
- LUISA. ¿Te extrañas?
Pues es cierto, amada Elisa;
aquí tienes á Luisa
que ha cumplido dos campañas.
Cuando á Cádiz me llevaron
á un magistrado agradé;
habló al tutor, me casé...
más bien dicho, me casaron.
Me triplicaba-la edad
sobre poco más ó ménos;
ya ves qué ratos tan buenos
pasaría, en realidad.
Su más preciado tesoro,
sus delicias más cumplidas,
era hablar de *Las Partidas*,
y de *Las Leyes de Toro*.
De verme tanto sufrir
Dios sin duda se cansó...
- ELISA. ¿Y se murió?
- LUISA. Se murió,
pero volví á reincidir.
Amor con sus dardos fieros
traspasó mi pecho amante,
y me entregó á un comandante...
- ELISA. ¿De qué?
- LUISA. De carabineros.
Tambien frustró mi esperanza:
cuando esperaba una flor,
me salía mi señor
hablando de la ordenanza.
Testarudo, receloso,
visionario y pertinaz,
ni él pudo vivir en paz,
ni yo disfrutar reposo.
En fin, ¡hasta á mis modistas
muchas veces espiaba!
Por todas partes pensaba
que iba á hallar contrabandistas.
Dió el alma á Dios en Jaén

y se acabaron mis daños:
por allá esté muchos años,
requiescat in pace, amen.

ELISA. ¡Viuda ya!

LUISA. El sino es muy loco.

ELISA. No fuiste muy venturosa.

LUISA. ¿Y tú, qué tal?

ELISA. ¡Soy dichosa!

LUISA. Pues hablemos de tí un poco.

ELISA. Para explicarte el matiz
del bien que el cielo me dá,
una frase bastará,
una, Luisa, ¡soy feliz!
Que no hay nada tan hermoso
de la vida en el sendero,
como el amor verdadero
de un dulce y amante esposo;
y en el mio el cielo quiso
darme dichas tan sin tasa,
que esta casa, más que casa,
es, Luisa, un paraíso.

LUISA. Feliz tú si esa delicia
no mengua.

ELISA. Al contrario, crece.

LUISA. Hija mia, me parece
que eres casada novicia.

ELISA. No tal, llevo ya dos años.

LUISA. ¡Dos años!

ELISA. Lo que has oído.

LUISA. ¿Y no has visto en tu marido
siquiera dos desengaños?

ELISA. Ni uno.

LUISA. Pues entónces creo
que el gobierno sin tardar
te lo debe arrebatat
y meterlo en un museo.

ELISA. ¡Permíteme que me asombre!
¿En qué te fundas?

LUISA. Me fundo,
que no hay un ser en el mundo
de tal condicion, siendo hombre.—
Mi difunto magistrado,

señor de años... magistrales,
á los dos meses cabales
ya me la habia pegado.

ELISA.

¡Jesús!

LUISA.

¿Y el carabinero!
Siempre que no me celaba
es porque á ver se marchaba
á la mujer de un barbero.
Chica, con hongo ó birrete,
montera, espada ó fagin,
cuando pierden el magin
no hay un dios que los sujete.

ELISA.

Como tú dices será,
pero lo que es mi marido,
hasta hoy, ni lo ha perdido,
ni creo lo perderá.

LUISA.

De discutir más no trato.
Tengo afan por conocerle.

ELISA.

¿De veras?

LUISA.

Sí.

ELISA.

Vas á verle;
te enseñaré su retrato.

(Abre el álbum que estará sobre el velador y se lo enseña.)

Mira.

LUISA.

¿Es este?

ELISA.

Copia fiel.

LUISA.

¡Muy guapo!

ELISA.

(Con orgullo.) El original
es mejor.

LUISA.

¡Jesús!!

ELISA.

Sí tal.

LUISA.

¡Es él, sí, no sueño, es él!

ELISA.

¡Cómo!

LUISA.

¡Já, já! ¡Pobre Elisa!

ELISA.

¡No entiendo!...

LUISA.

¿Este es el varon
modelo de perfeccion?

ELISA.

Sí.

LUISA.

¡Já, já! ¡Me ahoga la risa!
Veo que sabe hallar modos
para explotar tu inocencia.

- ELISA. No aumentes más mi impaciencia.
LUISA. ¡Como todos, como todos!
ELISA. Habla.
LUISA. Pongo al labio un broche.
ELISA. ¿Le conoces tú?
LUISA. Sí tal.
ELISA. ¡Imposible!
LUISA. En el Real
conmigo bailó ayer noche.
ELISA. ¡Tú sueñas!
LUISA. Ni cuando duermo.
ELISA. Si la noche la ha pasado,
segun él me ha asegurado,
junto al lecho de un enfermo...
LUISA. Se moriría el paciente,
y por quitarse el pesar
se fué despues á bailar,
de seguro.
ELISA. ¡Dios clemente!
LUISA. ¡Pues no tan sólo bailamos!
ELISA. Prosigue: ¿qué más pasó?
LUISA. Que al ambigú me llevó...
ELISA. ¿Y cenásteis?
LUISA. Y cenamos.
ELISA. Continúa: ¿qué hubo más? (Con impaciencia.)
LUISA. ¡Supones!... (Con dignidad.)
ELISA. ¡Qué villanía!
Todo lo perdonaría, (Con gran indignacion.)
pero la cena ¡jamás!
LUISA. Despues como una centella
salió á buscar un simon,
yo aproveché la ocasion
y me fuí con mi doncella.
ELISA. ¿Te extrañará que me aflija
semejante proceder?
LUISA. ¡Ah! En prueba de su querer
me regaló una sortija
que hoy mismo mandé á su casa.
ELISA. ¿Aquí?
LUISA. No; y eso me inquieta.
Donde indica esta tarjeta.
(Sacándola de un tarjetero.)

- ELISA. Á ver. ¡Mi frente se abrasa!
(Leyendo.) «Pío Manso.»—¡Jesús!
- LUISA. ¡Qué!
- ELISA. Este Pío es un cliente.
- LUISA. Pues á ese precisamente
cual dije se la mandé.
- ELISA. ¿Para qué señas te dió?
- LUISA. Para que yo le escribiera
cuando una ocasion tuviera
de poder hablarnos.
- ELISA. ¡Oh!
- LUISA. En lo que no hay claridad,
sin que por ello me asombre,
es que al decirme su nombre
dijo, Enrique...
- ELISA. Y es verdad;
no mintió en aquel momento.
Si por descuido te ha dado
esta tarjeta el malvado,
ella ha de ser su tormento.
No han de hallar en mí perdon
tan viles y torpes modos.
- LUISA. Tonta, si eso lo hacen todos,
mas sin segunda intencion.

ESCENA VI.

ELISA y LUISA; D. PÍO, en traje de mañana y muy agitado, por el foro derecha. Este personaje ha de ser excesivamente calvo.

- PIO. (Dentro.) Le esperaré, quiero verle.
- LUISA. ¿Es él?
- ELISA. No, es don Pío Manso.
- LUISA. ¡Jesús!
- PIO. (Saliendo.) Ustedes perdonen
si entré sin pasar recado.
- ELISA. Yo sabe que esta es su casa.
- PIO. ¿Sí? Pues dispóngame un cuarto
donde poder alojarme.
- ELISA. ¿Está usted malo?
- PIO. Muy malo.

¿Y don Enrique?

ELISA.

Ha salido.

LUISA.

Viene usted trémulo, pálido.

PIO.

Lo extraño es que tenga aliento.

ELISA.

¿Qué le pasa?

PIO.

Si en el caso
que yo estoy otro se viera
de fijo habría estallado.

ELISA.

¿Por qué?

PIO.

Porque soy la víctima
del más terrible desahucio.

LUISA.

¿Qué caseros!

PIO.

No; es mi esposa
la que á mí me ha desahuciado.
Si hubiera sido un casero
no sería el caso raro:
ya sabemos que su oficio
es cobrar ó dar desahucios.
sin que les importe un bledo
que sea diciembre ó mayo,
ni les enternezcan súplicas,
ni les conmuevan los llantos.

LUISA.

(No pudo con ménos frases
hacer mejor un retrato.)

ELISA.

¿Fué su esposa?...

PIO.

Esa es la causa
de todos mis sobresaltos.
Desde que me unió á Ventura
el vicario de San Marcos,
tan poca ventura gozo,
tal martirio estoy pasando,
que puedo decir que vivo
siendo el más desventurado
de cuantos séres alientan
en todo el globo terráqueo.

ELISA.

¿Está peor, ó se ha muerto?

PIO.

¿Morir?... ¡No la mata un rayo!
Sufrió cuatro pulmonías
y se libró de las cuatro.
Tuvo gástricas, el tífus,
el cólera-morbo-asiático,
viruelas, y aunque su cara

quedó hecha un empedrado
y su nariz más torcida
que si fuera un garabato,
ni el apetito, ni el génio
jamás en ella menguaron.

ELISA. ¡Es posible!

Pio. Tan posible,
doña Elisa.—Voy al caso.

LUISA. Me retiro.

Pio. No señora,
puede usted oír mi relato.
Mi consorte... ó mi martirio,
padece un fuerte catarro;
su voz más que voz humana
se parece á un contrabajo
de estar tose que te tose
con una fuerza del diablo,
de modo que ni ella duerme
ni dormir me deja un rato.
Anoche, lanzando gritos,
me dijo: «Vete escapado,
(Simulando la voz y maneras de su señora.)
dí á don Enrique que venga,
mueve esos piés, ¡mamarracho!»
Esta es la frase más dulce
que me dirigen sus labios.

LUISA. No es muy dulce.

ELISA. No por cierto.

Pio. Digo á ustedes que es un cardo.
Desde que quedó tan fea,
sufre de ver que á mis años
conservo cierto donaire (Contoneándose.)
que celebran mas de cuatro.
Prosigo: por don Enrique
venía, le encontré al paso,
y así que me oyó me dijo:
—Déle usted, y tendrá descanso,
un par de onzas de jarabe
de meconio.—Voy volando.—
Mañana pasaré á verla.—
Mil gracias.—Muchos recados.—
Se va, busco una farmacia,

pido el récipet, lo pago,
vuelvo á casa, se lo entrego,
lo bebe, y al poco rato
lanzaba tales ronquidos
que daban miedo á los gatos.

ELISA. Hasta ahora yo no veo
la causa de su quebranto.

LUISA. Ni yo.

PÍO. Van á ver muy pronto
que no me lamento en vano.
Me hallaba yo esta mañana
tranquilamente peinando,
y oigo á mi mujer que dice:
«¡Que me traigan ese vándalo,
»quiero saltarle los ojos,
»que venga, quiero arañarlo!»
Voy averiguar la causa
de sus gritos destemplados,
y apenas me ve, me coge
más furiosa que un leopardo,
y me estampa en las narices
este papel condenado. (Sacando una carta.)

ELISA. (Ap. á Luisa.) (¿Será tu carta?)

LUISA. (Id. á Elisa.) (La misma.)

PÍO. Oigan ustedes.

LUISA. Oigamos.

PÍO. (Leyendo.) «Don Pío; si su ideal
»anoche fuí en el Real,
»dé al olvido tal memoria;
»fué una broma transitoria
»muy propia de Carnaval.
»Soy á mis principios fija;
»por eso, sin que me aflija,
»y aunque á usted cause dolor,
»le devuelvo la sortija
»que me dió en prueba de amor.
»No creo que usted me tache
»porque á su afán dí un desmoche
»al huir del baile anoche;
»si en su camino hice un bache
»fué por salvar un reproche.
»Muchas gracias por la cena,

»y crea que siento pena
»no poder pagar su celo
»con otra, si no tan buena,
»al ménos digna.—Consuelo.»

ELISA. (Ap. á Luisa.) (¡Consuelo!)

LUISA. (Id. á Elisa.) (Es nombre postizo.)

PIO. Esta es la alhaja. (Sacando una sortija.)

ELISA. (Ap. á Elisa.) (¿Ves claro?)

PIO. ¿Comprenden ustedes ahora
todo lo horrible del caso?
Ni anoche salí de casa,
ni yo bailo hace treinta años,
ni conozco á esa Consuelo,
ni tal sortija he entregado,
ni comprendo este embolismo
por más que me rompo el cráneo.

ELISA. Defiéndase usted.

PIO. Ya lo hice,

pero todo ha sido en vano.
Afirma que le dí un tósigo,
que el doctor no ha recetado,
á fin de que se durmiera
para escaparme á dar saltos:
y aunque los criados juran
que no salí de mi cuarto,
quiere ver á don Enrique,
por lo cual vengo á buscarlo;
y ha interrogado al portero,
y ha llamado al boticario,
y me ha expulsado de casa
tirándome varios platos,
la badila, un taburete,
un cesto y un candelabro,
diciendo, que como vuelva
sin un testimonio claro
que me proclame inocente,
de allí voy al campo santo.
(Se oye un fuerte campanillazo al foro.)

ELISA. Ya esta ahí.

LUISA. ¡Jesús!

PIO. Me alegro.

ELISA. Conozco el campanillazo.

- Vénganse ustedes conmigo.
PIO. Quiero verle. (Subiendo al foro.)
ELISA. (Conteniéndole.) De aquí á un rato.
Le aseguro por mi vida
que va usted á quedar vengado.
LUISA. Pero Elisa...
PIO. ¡Yo no entiendo!...
ELISA. Que se pierde el tiempo, vamos.
(Se van los tres por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA VII.

ENRIQUE, muy sofocado, por el foro derecha.

¡Uf, qué escena! Sudo á chorros,
estoy igual que un azud.
Quien diga que ya no hay lilas
es un solemne avestruz.
Yo lo soy, y el más completo
que existe de Norte á Sur.
Voy á la calle del Oso
por ver á Consuelo Estruch:
llámo, me dicen que pase,
entro corriendo, y... ¡Jesús!
me encuentro con una vieja
más antigua que el Talmud,
y con más pecas y arrugas
que raíces un ombú.
Anonadado y perplejo,
en vez de decir; ¡abur!
le dije: la que yo busco
es jóven, y usted, segun...
No pude acabar la frase;
más fiera que Belcebú,
empezó á llamarme á gritos
soez, grosero y gandul.
Sale un caballero, intento
sincerarme, más no hay mus:
el hombre, más furibundo
que Barbarroja y Dragut,
me propina un par de trompis
que me hacen perder la luz.

Huyo, cambiando el sombrero
por este, que es un baul,
y por fin dando más vueltas
que en la noria un arcabuz,
consigo llegar á casa,
jurando por mi salud,
que aunque hallara en adelante
á Judit, Estér ó Ruth,
que fueron, segun afirman,
de la belleza el *non-plus*,
tengo que ser un modelo
de castidad y virtud,
aunque en el pecho Cupido
me dispare un cañon Krupp.

ESCENA VIII.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda.

ELISA. (Aquí está. ¡Con cuánto gusto
le arañaría la cara!)

ENR. ¡Elisita!

(Con mucho cariño y ocultando el sombrero.)

ELISA. (Con mucha dulzura.) ¿Eres tú, Enrique!

ENR. El mismito en cuerpo y alma.

ELISA. ¡Qué alegría!

ENR. Ya estás viendo
que he cumplido mi palabra.
Hice solo las visitas
que juzgué más necesarias,
y sin perder un instante
me vine corriendo á casa.
No estoy bien más que á tu lado.

ELISA. ¡Ay!!

(Da un fuerte grito de ira poniendo las manos en
actitud de arañar y se contiene violentamente.)

ENR. ¡Qué!

ELISA. Ya pasó. (Estirando los brazos.)

ENR. (Con mimo.) ¿Estás mala?

ELISA. Los nervios...

ENR. ¡Pícaro atmósfera!

- ELISA. (Con intencion.)
Hoy debe estar muy cargada.
Tambien tú sientes su influjo:
advierdo en tí...
- ENR. (¡Virgen santa!)
- ELISA. Me parece que estás pálido.
- ENR. Pues hija, no siento nada.
- ELISA. Fuiste á casa de don Pío?
- ENR. Sí, mujer.
- ELISA. ¿Cómo está?
- ENR. En cama.
- ELISA. ¡No me dijiste hace un rato
que su esposa es la que estaba
enferma?
- ENR. ¡Cómo!—Sí... cierto...
(Se me enredan las palabras.)
Pues hoy la maldita gota
le impide salir de casa.
- ELISA. ¡Ay!!! (Repitiendo el mismo juego que ántes.)
- ENR. ¡Otra vez!
- ELISA. (Reprimiéndose.) Es la atmósfera.
- ENR. Toma tila.
- ELISA. Eso pensaba.
¿Y el enfermo de ayer noche?
Se ha muerto.
- ENR. ¿Sí?
- ENR. Esta mañana.
- ELISA. Adios.
- ENR. ¿Te vas?
- ELISA. (Conteniendo su indignacion.)
Voy... por tila.
- ENR. Bien; no dejes de tomarla.
- ELISA. (Si me alcanzáran las fuerzas
ahora mismo le ahogaba.)
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

Con la conciencia intranquila
es imposible vivir.

No tiembla más un malvado
al ver la guardia civil
como yo ante la presencia
de ese casto serafin.
Voy á esconder la tambora
de aquel feroz jabalí, (Cogiendo el sombrero.)
no sea que por su causa
se descubra mi desliz.
Me encuentro tan trastornadõ,
tan confuso y tan febril,
que al pobre que hoy le recete,
de fijo, le hago morir.
(Se va por la puerta derecha.)

ESCENA X.

D. PÍO, LUISA y ELISA, por la segunda puerta izquierda.

PIO. ¡Conque es la causa de todo
cuanto me sucede á mí!
¡Conque yo me encuentro inútil!
¡Zorro, trapalon, ruin!

ELISA. Tenga usted calma.

PIO. No puedo.

LUISA. Nuestro plan va á destruir.

PIO. Yo que soy un ser pacífico
como no hay dos en Madrid,
que ni he sido diputado
ni en tal tentacion caí,
cosa que muy pocos pueden
decir en este país,
me veo envuelto en un lío
por ese hipócrita vil.

ELISA. Le juro que sus pesares
muy en breve tendrán fin,
y brillará su inocencia
como el sol en el zenit.

LUISA. Sangre fria.

PIO. Si echo chipas,
si estoy hecho un polvorin.
Yo pensaba que era un santo
y es un astuto reptil.

ELISA. Él viene.
LUISA. Dejádme sola.
ELISA. Bien.
LUISA. Luégo usted. (Subiendo al foro.)
PIO. Lo haré así.
Mas si no atiende á razones
le armó la de San Quintin.
(Elisa y D. Pío se van por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XI.

LUISA; ENRIQUE, por la puerta derecha.

LUISA. ¡Enrique! (Con entonacion.)
ENR. ¡Santos del cielo!
LUISA. ¡Por fin consigo encontrarte!
ENR. (¡Es ella!)
LUISA. (Con decision.) Vengo á buscarte.
ENR. ¿Á buscarme?
LUISA. Soy Consuelo.
ENR. ¿Sí? Pues el mayor que ahora (Bajando la voz.)
me puede usted dispensar
es marcharse sin tardar.
LUISA. ¡Es posible!
ENR. Sí señora.
LUISA. Nunca esperé tal reproche.
¡Tirano! (Gritando.)
ENR. ¡Por san Eloy!
LUISA. ¡Ay, qué desgraciada soy!
¿Ya no te acuerdas de anoche?
ENR. No grite usted.
LUISA. Gritaré.
ENR. Tras que en la calle del Oso
tuve un disgusto horroroso,
¿viene usted á darme otro?
LUISA. ¡Qué!
ENR. En su palabra fiado
allí estuve por mi mal.
LUISA. (Si se encontró á don Marcial
buen tiberio se habrá armado.)

- ENR. Allí me ví confundido,
cuando á usted encontrar creía,
entre una vieja...
- LUISA. (Con exageracion.) ¡Mi tia!
- ENR. Y un caníbal.
- LUISA. ¡¡Mi marido!!
(Tempranito á buscar fué
la fruta de otro cercado.)
- ENR. ¿Por qué ocultó usted su estado?
- LUISA. Francamente, no lo sé.
Desde hoy todo mi contento
tú serás, no aquel zulú.
- ENR. ¡Señora!...
- LUISA. Háblame de tú,
no me des más tratamiento.
(Con mucha entonacion.)
Enrique, aunque sacrifique
algun tanto mi decoro,
¡ay, Enrique! yo te adoro,
no puedo ocultarlo, Enrique.
Enrique, en vano resisto,
Enrique, á mi amor profundo.
- ENR. (No se puede en este mundo
ser uno guapo, está visto.)
Pues bien... (Con misterio.)
- LUISA. Sigue, ¿qué te pasa?
- ENR. Aunque me cause fatiga
es forzoso que te diga
que abandones esta casa.
- LUISA. ¡Gran Dios, parece increíble
que eso puedas tú decir!
¿Y á dónde voy á vivir?
- ENR. Á la tuya.
- LUISA. Es imposible.
Despues del paso que he dado
no puedo volver atrás;
quiero quedarme.
- ENR. Jamás.
- LUISA. ¿Por qué?
- ENR. Porque soy casado.
- LUISA. (Dejándose caer sobre una butaca.)
¡Me siento desfallecer!...

- ENR. ¡Esto sólo me faltaba!
- LUISA. ¿Y decía que me amaba!! (Pausa.)
¿Con quién? (Levantándose de pronto)
- ENR. Con una mujer.
- LUISA. Si ha de lucir nuestra estrella
oye el plan que he concebido.
Vete y mata á mi marido
mientras yo la mato á ella,
y así podremos los dos
adorarnos mutuamente
y vivir tranquilamente
en paz y en gracia de Dios.
- ENR. ¡Demonio! accion tan villana
jamás ejecutaré.
- LUISA. Tonto, ¿te olvidas de que
el amor todo lo allana?
Cuando la pasion es honda
todo dique es baladí.
- ENR. Consuelo, vete de aquí.
- LUISA. ¿Dónde?
- ENR. Á tu casa, á una fonda.
- LUISA. No insistas, porque es en balde:
me quedo, estoy decidida.
- ENR. Si no te vas en seguida
mando llamar al alcalde.
- LUISA. Bien, así tendré ocasion
de delatar á un malvado
que astuto me ha secuestrado
las fibras del corazon.
No creas que sin castigo
tu conducta ha de quedar;
quiero venganza tomar
de tu falsía conmigo.
¡Ya el contento en mí rebosa
y aún no he empezado á vengarme!
Ahora voy á desmayarme
hasta que salga tu esposa.
Al instante, ya lo sé,
querrá la causa inquirir,
y yo, que no sé mentir,
la verdad le explicaré.
- ENR. ¡Ella viene, santo Dios!

- LUISA. Me alegro. (Sentándose.)
ENR. ¡Esto es un tormento!
Métete en este aposento,
despues saldremos los dos.
LUISA. Tu resolucion encomio.
ENR. Date prisa.
LUISA. (¡Pobrecillo!)
ENR. En cuanto pueda la pillo
y la llevo al manicomio.
(Encerrándola en la puerta de la derecha.)

ESCENA XII.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda.

- ELISA. ¿Con quién estabas hablando?
ENR. (¡Virgen santa del Pilar!)
¿No estás viendo que estoy sólo?
ELISA. Pues me equivoqué, no hay más:
me pareció oír dos voces
cuando venía hácia acá.
ENR. ¡Ya comprendo lo que ha sido!
¡Tiene gracia!!
ELISA. ¿Sí?
ENR. Verás:
es que yo cantaba un duo.
(Estoy sudando alquitran.)
ELISA. ¿Cantabas?... ¡Cosa más rara!...
nunca te dió por cantar.
Sigue, sigue, quiere oírte. (Con mimo.)
ENR. Mujer, si lo hago muy mal.
ELISA. Cualquier cosita; un cuarteto,
un concertante ó un vals.
ENR. (Bueno estoy para canciones
cuando apenas puedo hablar.)
ELISA. ¡¡Dios mio!! (Con mucha exageracion.)
ENR. ¿Qué te sucede?
ELISA. Tú ocultas algo.
ENR. No tal.
ELISA. Cuando algun español canta,
segun afirma el refran,
es porque está sin dinero

- ó le agobia algun pesar.
ENR. Pues el refrán por ahora
no te ha dicho la verdad.
Anda, vístete y saldremos.
- ELISA. Si no hace sol.
ENR. Qué más da;
se toma un coche...
- ELISA. Otro dia;
hoy creo que va á nevar.
Para el infeliz don Pío
será este tiempo fatal:
no es extraño que esté en cama
sin poderse menear.
- ENR. ¿Has tomado ya la tila?
ELISA. Se me olvidó.
- ENR. (Procurandò alejarla.) Por piedad...
ELISA. No encontré el azucarero.
Ya recuerdo donde está;
en tu despacho.
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
- ENR. (Interponiéndose.) ¡Imposible!
ELISA. Deja que entre y lo verás.
- ENR. No está allí.
ELISA. Te lo aseguro.
ENR. Lo he puesto yo en el vasar.
ELISA. (¡Cuánto gozará Luisa!)
ENR. Anda, que allí le hallarás.
- ELISA. ¿Quieres tomarte una taza?
ENR. Gracias.
- ELISA. Adios.
ENR. (Ya se va.)
ELISA. (Sufre como si estuviera
sobre el cráter de un volcan;
mas que pene, así el perjuro
purgará su liviandad.)
- ENR. Hasta luégo, vida mía.
ELISA. Hasta luégo... (¡gavilan!)
(Se va por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, y á poco LUISA por la puerta derecha.

- ENR. Parece que de los hombros
la cabeza se me va.
Si esa mujer no se marcha
veo perdida mi paz.
Sal corriendo. (Llamando á Luisa en voz baja.)
- LUISA. (Saliendo.) ¿Dónde vamos?
- ENR. Á Pequin, á Senegal.
- LUISA. ¿Está muy léjos?
- ENR. No, cerca.
(Me quisiera evaporar.) (Cogiéndola del brazo.)
- LUISA. ¿Pero te vas sin sombrero?
- ENR. ¿Dónde le dejé?... Aquí está.
Vamos.
- PIO. (Dentro.) Conozco la casa.
- ENR. (¡Don Pío, Dios de bondad!)
Escóndete.
- LUISA. Pero...
- ENR. (La mete en la puerta derecha.) ¡Escóndete!
Me faltaba este no más.
¡Maldita mil veces la hora
que puse el pie en el Real!

ESCENA XIV.

ENRIQUE; D. PÍO por el foro derecha.

- PIO. ¡Mi querido don Enrique! (Levantando la voz.)
¿Cómo está usted, qué tal va?
- ENR. Muy bien.—Hable usted bajito.
- PIO. ¿Le ocurre á usted algo? ¿Qué hay?
- ENR. Nada, vuélvase usted á casa
que luégo iré por allá.
- PIO. Si es para ver á mi esposa
por hoy no hay necesidad.
¡Vengo loco de alegría! (Gritando.)
- ENR. ¿Por qué? (Con suma impaciencia)

- PIO. Su tos pertinaz
se fué con lo que ayer noche
se dignó usted recetar.
- ENR. Ló celebros.—Hasta otro rato.
(Llevándole hácia el foro.)
- PIO. ¿Y doña Elisa?
- ENR. Muy mal.
- PIO. ¿Sí?... Pues no me voy sin verla.
(Sentándose.)
- ENR. ¡Ya lo acabé de arreglar!
Otro dia. Adios, don Pío. (Dando paseos.)
- PIO. (Pretende echarme el truhan.)
¿Hombre, tiene usted hormiguillo?
¡Va usted de aquí para allá
como quien busca una cosa
y no la puede encontrar!
- ENR. Es que tengo calentura.
- PIO. ¡Pues hace un frio glacial.
- ENR. Don Pío, aunque á usted le asombre
debo decir la verdad. (Con mucho misterio.)
Su presencia en esta casa
me perjudica.
- PIO. ¡San Blas!
- ENR. Ya le diré los motivos.
(Llevándole hácia el foro.)
- PIO. (Quisiera poderle ahogar.)
- ENR. ¿Quién viene? (¡Mi mujer, cielos,
si le encuentra qué dirál)
- PIO. Creo que está usted chillado.
- ENR. Entre usted aquí sin tardar.
(Conduciéndole al balcon.)
- PIO. ¿En el balcon?
- ENR. (Insistiendo.) Sí, corriendo.
- PIO. ¡Jesús, qué barbaridad! (Resistiéndose.)
¿No ve usted que está nevando
y me voy á constipar?
- ENR. Yo le curaré de balde;
son dos minutos no más. (Empujándole.)
- PIO. Voy á parecer un mono.
- ENR. Silencio, por caridad.
(Le encierra en el balcon.)
No puedo más; mi cabeza

no es cabeza, es un volcan.
¡Malditos sean los bailes,
y hasta el que inventó el bailar.

ESCENA XV.

ENRIQUE; ELISA, por la segunda puerta izquierda

ELISA. Aquí me tienes dispuesta

(Con mucho cariño.)

á estar contigo.

ENR. Me alegro.

ELISA. Ya que el dia me consagras

(Lo coge de la mano y se sientan en el confidente.)

en prueba de tierno afecto,

quiero pasarlo á tu lado

sin separarme un momento.

ENR. (¡Cómo saco ahora á los otros!)

(Se oye estornudar á D. Pío; Enrique tose, da un

brinco y se sienta de nuevo queriendo ocultar su

intranquilidad.)

ELISA. ¿Qué tienes? ¡Estás inquieto!

ENR. No, es el frio.

ELISA. En tu despacho

la chimenea está ardiendo;

vamos allí, y de seguro

te aliviarás.

ENR. Luégo iremos.

ELISA. ¡Qué dia! Cuando imagino (Con intencion.)

que quizá en este momento

sufrirá algun desgraciado

la nieve que está cayendo,

siento una pena muy grande.

ENR. (¡Si se habrá quedado yerto!)

(Mirando maquinalmente al balcon.)

ELISA. ¿Y tú?

ENR. Hablemos de otra cosa.

ELISA. Bien. ¿De qué quieres que hablemos?

Ya sé: dime cosas dulces.

ENR. ¿Yo?

(Se oye estornudar á D. Pío, Enrique va á levantarse y Elisa le contiene cogiéndole las manos.)

ELISA. (Con mucho mimo) Como en aquellos tiempos cuando cruzando las manos me jurabas por el cielo que siempre fiel me serías mientras tuvieras aliento. asegurándome que era tu sol, tu fe y tu consuelo.

(Se oye ruido de muebles en la puerta derecha.)

¿Quién ha entrado en tu despacho?

ENR. Nadie, vete.

ELISA. Quiero verlo.

ENR. Yo iré. (Oponiéndose.)

ELISA. Alguna cosa ocultas.

(Sube á la puerta derecha.)

ENR. ¡Pues señor, ya llegó el trueno!

ELISA. ¡Una mujer!

ENR. ¡¡Un demonio!!

ELISA. Salga usted. (Sacando á Luisa.)

¡Hombre perverso!

(D. Pío, lleno de nieve, saliendo violentamente del balcon.)

PIO. ¡Yo estoy hecho ya un sorbete!

ELISA. ¡Don Pío!

ENR. ¡Cuadro completo!

ESCENA ÚLTIMA.

ENRIQUE, ELISA, LUISA y DON PÍO.

LUISA. ¡Una rival, santo Dios!

(Muchísima animacion hasta el final.)

PIO. (¡Buen tiberio se va á armar!)

ELISA. Habla.

LUISA. No dejes de hablar.

PIO. ¡Duro, duro!

ELISA. ¡Infiel!

ENR. (Queriendo marchar.) Adios.

PIO. Usted no sale de aquí (Deteniéndole los tres.)

si la verdad no proclama:

pues ni yo estoy en la cama,

ni al baile anoche asistí,

- ni quiero sufrir los daños
de su proceder aleve,
ni estar recibiendo nieve,
ni ocultar más sus engaños.
- LUISA. ¿Si tienes otra mujer,
por qué turbaste mi calma
arrebatándome el alma
con juramentos ayer?
- ELISA. ¡Sardanápalo!
- ENR. ¡Delira!
- PIO. Cayó usted en la ratonera.
- LUISA. Á ver si encuentras manera
de probarme que es mentira.
¿No me juraste tu fe
al compás de un rigodon? .
¿no te dí mi corazon?...
¿Qué hiciste de él?
- ENR. No lo sé.
- PIO. Ya confiesa.
- LUISA. ¡Pierdo el seso!
- ENR. (¡Cómo paro este conflicto!)
- ELISA. Estás confeso y convicto.
- ENR. Ni convicto ni confeso.
(Queriendo dominar la situacion.)
No comprendo esa acritud,
ni por qué culpado estoy,
cuando es sabido que soy
un modelo de virtud.
Mi deber solo me inspira
y él es mi norte y mi celo.
- PIO. ¡¡Sátrapal!
- ELISA. ¡¡Vill!
- LUISA. ¡¡Maquiavelo!!
- PIO. ¡Mira! (Poniéndole ante los ojos una carta.)
- LUISA. ¡Mira! (Enseñándole una tarjeta.)
- ELISA. ¡Mira! (Presentándole una sortija.)
- LOS TRES. (Gritando.) ¡¡Mira!!
- ENR. ¡Jesús!
- ELISA. Todo te condena.
- PIO. ¿Cura usted enfermos bailando?
- ELISA. ¿Curas enfermos cenando?
- PIO. ¡Prueba plena!

ELISA.

¡Prueba plena!

ENR.

¡¡Dejadme!!

PIO.

¡Nuevo don Juan!

(Con entonacion dramática.)

He aquí que vienen conmigo

los que tu eterno castigo

de Dios reclamando están.

ENR.

Don Pío...

PIO.

Inútil es que hable,
sin que ántes á mi mujer
no le haga patente ver
que usted solo es el culpable.

ENR.

Prometo cumplir su anhelo
si es que algun mal le he causado.
(Á Luisa.) Consuelo ¡bien se ha vengado.

ELISA.

La que miras no es Consuelo.

ENR.

¿No?

ELISA.

Es mi amiga Luisa Mon
de quien mil veces te hablé.

La ví pasar, la llamé,
y descubrí tu traicion.

LUISA.

Vamos, que haya una amnistía.

ELISA.

Imposible.

LUISA.

La darás.

ELISA.

Volverá á pecar.

ENR.

Jamás.

PIO.

Tal vez no se pase el dia.

LUISA.

(Á Elisa.) Esas son inocentadas
que ellos hacen... sin querer;
si te quieres convencer
interroga á las casadas,
y si te hablan sin engaño
deducirás de su arenga
que no hay una que no tenga
varios trajes de ese paño.
Sempiternos cazadores
no perdonan artimaña
para cazarnos con maña
por valles, prados y alcores,
sin que exista ni un casado
que se quiera cerciorar
que mientras él va á cazar

pueden cazar su vedado.
Haya paz, haya reposo:
(Á Enrique,) cuide usted más su clientela
sin pasar noches en vela
(Con intencion.) ni ver la calle del... Osc,
que así la casa hecha un cielo
constantemente verá,
y en Elisa encontrará
su verdadera... *Consuelo.*
Basta de moral por ahora;
pues la verdad, no quisiera
(Hablando precipitadamente.)
que á algúno se le ocurriera
decir que soy habladora.
¿Yo habladora?... ¡Dios me acuda!
No habrá quien por tal me riña,
pues sabes que desde niña
fuí poco ménos que muda.
(Movimiento de asombro en los tres.)
Mas ¡ay! en esta ocasion
quisiera tener la ciencia,
la inspiracion y elocuencia
del romano Ciceron,
para hacer una conquista
que anhelo con toda el alma,
por ser la gloriosa palma
que vida presta al artista.
(Coge á Elisa de la mano y se dirigen ambas al
público.)
Ven y así me alentarás.
En tu bondad confiadas,
ya que tu fallo á dar vas,
pedimos cuatró palmadas,
tres, ó dos, ó... UNA Y NO MÁS.

FIN DE LA PIEZA.

ZARZUELAS.

3	Arinas al hombro.....	1	Sres. Pina Domínguez y Rubiõ.....	L. y M.
»	Bocetos madrileños.....	1	D. J. Muñoz Lucena....	M.
»	Bou-Amema.....	1	Tomás Gomez.....	M.
1	Cantar á tiempo.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
	Contaduría.....	1	E. Sanchez Castilla..	1/2 L.
2	El Conjuró.....	1	Adeiardo L. Ayala...	L.
»	El cometa.....	1	J. Muñoz Lucena....	M.
4	El sistema decimal.....	1	P. Sanz. de Castro y Gomez.....	L. y M.
4	La Patti y Nicolini.....	1	Sres. Cuesta, Criado y Cansino.....	L. y M.
»	Miss Zæo, <i>monólogo</i>	1	Cuesta y Espino....	L. y M.
3	Teatro de Madrid.....	1	D. J. Jimenez Leiva....	M.
»	Torear por lo fino.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
2	Trabajar con fruto.....	1	José Olier.....	L.
1	Viva el Puerto.....	1	Isidoro Hernandez...	M.
2	El agente de matrimonios....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
5	El conde de Castralla.....	3	Adelardo L. Ayala...	L.
2	El esclavo.....	3	Allú y Cepeda.....	M.
»	Simon Bocanegra, <i>ópera</i>	3	A. G. Gutierrez.....	L.

OBRAS LITERARIAS.

TORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.—Edicion de lujo.—Han salido los ocho primeros cuadernos.—Precio 12 reales en Madrid.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon y Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.